

EL LLAMAMIENTO DE ISAÍAS

¿Por qué no habló Isaías de su llamamiento a profetizar al comienzo del libro? John N. Oswalt dijo que los capítulos 1 al 5 son de introducción, ya que preparan el escenario para lo que sigue. Él consideraba que el capítulo 6 era tanto la conclusión de los capítulos 1 al 5 como la introducción de los capítulos 7 al 12.¹ Terry Briley dijo que el capítulo 6 «rompe el aparente punto muerto entre la desesperanza del final del capítulo 5 y las posibilidades renovadas de los capítulos 7 al 12».² Al igual que el pueblo de Dios, Isaías era hombre «muerto» e «inmundo de labios» (vea 6.5). El hecho de haber sido limpio de pecado demostraba la posibilidad que tenía el pueblo de ser purificado si se arrepentía.

VIO AL SEÑOR (6.1-4)

A Isaías se le dio una visión gloriosa en un momento de crisis, que sobrevino después de la muerte de un rey.

¹En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. ²Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. ³Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. ⁴Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo.

Estos eventos tuvieron lugar «en el año que

¹ John N. Oswalt, *The Book of Isaiah, Chapters 1–39* (El libro de Isaías, capítulos 1–39), The New International Commentary on the Old Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986), 173–75.

² Terry Briley, *Isaiah (Isaías)*, vol. 1, The College Press NIV Commentary (Joplin, Mo.: College Press Publishing Co., 2000), 95.

murió el rey Uzías...» (vers.º 1). Uzías, también llamado Azarías, había disfrutado de un largo reinado en el reino sureño de Judá. Tenía dieciséis años de edad cuando se convirtió en rey, y gobernó durante cincuenta y dos años en Jerusalén. Ambos libros, Reyes y Crónicas, afirman que «... hizo lo recto ante los ojos de Jehová» (2º Reyes 15.3a; 2º Crónicas 26.4a) y Dios «le prosperó» (2º Crónicas 26.5). No obstante, no acertó a quitar «los lugares altos», donde el pueblo continuaba observando costumbres paganas (2º Reyes 15.4). El segundo libro de Crónicas narra la ruina de Uzías cuando, sintiéndose exaltado con orgullo, entró en el templo para quemar incienso. Esta era la labor de los sacerdotes (2º Crónicas 26.16–19). El rey Uzías fue herido con lepra por el Señor y vivió en una casa apartada hasta el día de su muerte en 739 a. C. (2º Crónicas 26.21).

El rey Jeroboam II de Israel había muerto solamente unos años atrás. Israel y Judá habían prosperado enormemente bajo los mandatos de Uzías y Jeroboam II. En el reino norteño había empezado a reinar el caos en los años posteriores a la muerte de Jeroboam II. Sin duda existían temores de que la misma suerte le acontecería a Judá. Este era un momento crucial.

Aparentemente, Isaías se encontraba orando o adorando en el atrio del templo cuando fue sobrecogido por la presencia gloriosa de Dios. Dijo: «... vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo». Mientras los reyes de la tierra pasan, el reinado del Señor permanece. El salmista cantó diciendo: «Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino» (Salmos 45.6). Solo Dios es exaltado y habita en el templo celestial.

En esta visión, se lee que «por encima de él había serafines» (vers.º 2). Esta es la única mención de

serafines que se hace en la Biblia. Son una orden de ángeles cuyo propósito parece ser alabar a Dios.

Estos seres dieron voces, diciendo: «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos» (vers.º 3). En lugar de decir «santísimo», los hebreos empleaban la repetición para expresar el superlativo (como en las frases «Rey de reyes» y «Señor de señores»). Esta expresión triple de alabanza «es la forma más intensa del superlativo en hebreo».³ J. Alec Motyer lo llamó un «súper-superlativo».⁴ Este es el único lugar en la Biblia donde se encuentra. Esta escena tuvo un profundo efecto en Isaías. A menudo se refería al Señor como «el Santo de Israel».⁵ La santidad de Dios se refleja en Su postura en relación con el comportamiento ético (Levítico 19.1–3, 9–18). Las demás naciones tenían leyes las cuales ellas consideraban que provenían de sus dioses, sin embargo, «ninguna de ellas consideraba tales leyes como una expresión esencial de lo que hacía que Dios fuera Dios».⁶

Toda la tierra está llena de Su gloria. La palabra «gloria» aparece 194 veces en el Antiguo Testamento, cerca de 35 veces en Isaías. Se usa para expresar poder y presencia. En la profecía de Ezequiel, la palabra «gloria» expresa la presencia y la protección de Dios. Cuando la gloria de Dios se alejó de Jerusalén (Ezequiel 11.23), la ciudad quedó sin protección. Cuando Su gloria regresó (Ezequiel 43.2–5), la presencia y la protección de Dios fueron evidentes.

Los Salmos expresan la esencia de la gloria del Señor, diciendo:

Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí;
Mi gloria, y el que levanta mi cabeza (3.3).

Jehová, la habitación de tu casa he amado,
Y el lugar de la morada de tu gloria (26.8).

Alaben el nombre de Jehová, porque sólo su
nombre es enaltecido. Su gloria es sobre tierra
y cielos (148.13).

Una consecuencia de la gloria de Dios la constituye la condenación del pecado, como lo hizo notar John N. Oswalt, diciendo: «... los dos no pueden existir uno al lado del otro (... Isaías 6.5; Josué 7.19; Jeremías 13.15–17; Amós 4.13; 5.8–9; 9.5–6)».⁷

³ Oswalt, 181.

⁴ J. Alec Motyer, *The Prophecy of Isaiah: An Introduction & Commentary* (La profecía de Isaías: Introducción y comentario) (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1993), 77.

⁵ Vea los comentarios sobre 1.4; a Dios se le llama «santo» en la escena celestial de Apocalipsis 4.8.

⁶ Oswalt, 180.

⁷ *Ibíd.*, 181.

Cuando Isaías vio al Señor, «los quiciales de las puertas se estremecieron [...] y la casa se llenó de humo» (vers.º 4). En la teofanía⁸ que usa Dios para manifestarse a los hijos de Israel, «la apariencia de la gloria de Jehová era como un fuego abrasador en la cumbre del monte» (Éxodo 24.17). La mención de humo es tal vez una alusión a la ofrenda que hacían los sacerdotes.

SE VIO A SÍ MISMO (6.5–7)

⁵Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.

Es solamente cuando vemos al Señor en Su gloria que logramos vernos a nosotros mismos como los pecadores y personas inmundas que en realidad somos, que fue como se vio Isaías, según el versículo 5. El problema de la humanidad siempre ha sido que nos comparamos con los demás en lugar de compararnos con Dios. Algunos no cristianos parecen contentarse con saber que son «tan buenos» como alguien que afirma seguir a Jesús, pero que es infiel. Otros usan la excusa de que «en la iglesia hay hipócritas» para no hacer un compromiso religioso. Debemos mirar al Señor, no los unos a los otros. Esa es la única manera de poder vernos realmente como lo que somos, a saber, como pecadores con necesidad de un Salvador.

Isaías continuó diciendo:

⁶Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; ⁷y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado.

Uno de los seres angelicales de la visión del profeta tomó «... un carbón encendido [...] del altar...» (vers.º 6). El fuego del altar ardía perpetuamente (Levítico 6.12–13) para los sacrificios de animales requeridos por el Señor.

Cuando el carbón encendido tocó sus labios, a Isaías se le dijo: «... es quitada tu culpa, y limpio tu pecado» (vers.º 7). El Antiguo Testamento declara frecuentemente que Dios perdona los pecados de los hombres. Sabemos por lo que se recoge en Hebreos 9.11–15 que el perdón, incluso para aquellos de tiempos antiguo-testamentarios, se consiguió por

⁸ Una «teofanía» es una manifestación de Dios a seres humanos, tal como la aparición a Moisés en el relato de la zarza ardiente (Éxodo 3.1–6).

medio del sacrificio de Jesús en la cruz.

VIO SU MISIÓN (6.8–13)

Oswalt hizo notar que no debe pasarse por alto la relación secuencial de los elementos del capítulo 6. Explicó, diciendo: «La muerte del rey prepara el camino para la visión de Dios; la visión de Dios lleva a la desesperación; la desesperación abre la puerta a la purificación; la purificación hace posible que se reconozca la posibilidad de servir; luego, la experiencia entera conduce a la ofrenda de uno mismo».⁹

⁸Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí.

⁹Y dijo: Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis.

¹⁰Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad.

¹¹Y yo dije: ¿Hasta cuándo, Señor? Y respondió él: Hasta que las ciudades estén assoladas y sin morador, y no haya hombre en las casas, y la tierra esté hecha un desierto; ¹²hasta que Jehová haya echado lejos a los hombres, y multiplicado los lugares abandonados en medio de la tierra.

¹³Y si quedare aún en ella la décima parte, ésta volverá a ser destruida; pero como el roble y la encina, que al ser cortados aún queda el tronco, así será el tronco, la simiente santa.

El Señor deseaba un mensajero, e Isaías dijo: «Heme aquí, envíame a mí» (vers.º 8). Isaías había visto al Señor en toda Su gloria y se dio cuenta de su propia pecaminosidad. Solo entonces pudo recibir el perdón de pecados, lo que llevó a que voluntariamente se ofreciera para el servicio de profeta.

Los versículos 9 al 10 han desconcertado a los estudiosos de la Biblia, porque parecen decir que Isaías había de hacer lo contrario de lo que se esperaba en su ministerio. No obstante, si reconocemos que esta sección hace uso deliberado de la ironía, entonces se vuelve comprensible. Edwin M. Good dijo lo siguiente acerca del pasaje:

Si reconocemos la ironía del mandato, no será necesario que nos preocupemos por la moralidad de Dios ni por el peregrinaje psicológico del profeta, ninguno de los cuales es accesible para nosotros. El mandato es la contraparte de la alusión irónica que se hace en 5.19, donde el pueblo expresa de forma sarcástica sus ansias de ver y oír. Y el mandato dice de un modo irónico: «¡Trate de empeorarlos más de lo que están! ¡Déles más ignorancia, amplíe su incompreensión!». Eso, por supuesto, no es lo que el

profeta ha hecho, ni lo que se suponía que debía hacer. Se le confronta desde el mismo inicio con esta percepción fundamentalmente irónica acerca de la vida de la nación, esto es, que su ocupación es el conocimiento y que su placer es la ignorancia.¹⁰

Estos versículos son citados cuatro veces en el Nuevo Testamento. Cuando los discípulos le preguntaron a Jesús «¿Por qué les hablas por parábolas?» (Mateo 13.10b), Él les ilustró la actitud de los que rechazaban Sus enseñanzas, por medio de citar estos versículos. Sus corazones se habían endurecido para no recibir el mensaje espiritual que Él les estaba enseñando. Juan también citó estos versículos al explicar por qué los judíos rehusaban creer, aún después de ser testigos de muchas señales hechas por Jesús (Juan 12.37–40). Pablo citó este pasaje cuando los judíos que estaban en Roma rechazaron el mensaje del evangelio acerca de Cristo (Hechos 28.23–28). Pablo también lo citó en su carta a los Romanos para explicar la dureza de corazón de los judíos (Romanos 11.7–8).

Puede que a uno le desconcierte el hecho de que tal mandato se le haya dado al profeta del Señor. ¿Había él de predicar realmente de manera que el pueblo se endureciera en su desobediencia? «Al aseverar el resultado de la predicación de Isaías como si ese fuera el propósito de su mensaje, Dios expone el estado de endurecimiento ya alcanzado por el pueblo de Judá».¹¹

«¿Hasta cuándo Señor?», preguntó Isaías (vers.º 11). El profeta debió de haber sufrido angustia al darse cuenta de que la nación rechazaría el mensaje del Señor. Se preguntaba cuánto duraría tal condición.

La respuesta divina fue dada, diciendo: «Hasta que las ciudades estén assoladas y sin morador, y no haya hombre en las casas, y la tierra esté hecha un desierto». La prosperidad de Israel como pueblo dependía de su fidelidad al Señor y de su pacto con Este. El Señor le dejó claro a Israel que su fidelidad al pacto era necesaria para que pudieran habitar la tierra con seguridad (vea Levítico 26.14–26). El destierro de ellos era el resultado de su pecado.

El Señor permitió que Su rebelde pueblo fuera «echado» (vers.º 12) a lugares distantes en el destierro, tanto de Israel como de Judá. Las ciudades de la tierra se convirtieron en «lugares abandonados». Es una experiencia aleccionadora caminar en medio

¹⁰ Edwin M. Good, *Irony in the Old Testament (La ironía en el Antiguo Testamento)* (Philadelphia: Westminster Press, 1965), 136–37.

¹¹ Briley, 101.

⁹ Oswalt, 186.

de las ruinas de Palestina que una vez fueron ciudades florecientes, tales como Meguido, Bet-seán, Gezer y Samaria. Lo hace a uno darse cuenta de que los juicios de Dios son certeros contra los que practican la iniquidad.

No obstante, el capítulo pone punto final con esperanza, diciendo: «Y si quedare aún en ella la décima parte [...] así será el tronco, la simiente santa» (vers.º 13). «Como algo típico de Isaías, la esperanza constituye el cintillo inesperado adherido a la indumentaria de la catástrofe», dijo Motyer.¹² Puede que «la simiente santa» sea una referencia al remanente sobre el cual el Mesías reinaría.

PREDICACIÓN DEL TEXTO

LA HECHURA DE UN MISIONERO (6.1–8)

Isaías recibió un llamamiento especial de ir al pueblo de Israel con el mensaje de Dios de arrepentimiento; no obstante, Dios lo tenía que preparar para la misión. Por lo tanto, aquí encontramos una buena lección para nosotros. ¿Cómo fue que Dios hizo de Isaías un misionero?

Tenía que hacerle ver su culpa para que estuviera consciente de su necesidad. Isaías recibió una visión del Señor en toda Su gloria. Cuando se dio cuenta de quién era Dios, se vio a sí mismo más claramente de lo que se había visto antes. Clamó: «¡Ay de mí!». No estamos preparados para ir, sino hasta que digamos «¡Ay de mí!».

Tenía que limpiarlo para que llegara a ser un siervo apartado. Dios envió a uno de Sus serafines para que tocara los labios de Isaías con un carbón encendido proveniente del altar. Se le dijo: «He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado» (vers.º 7). No estamos preparados para ir, sino hasta que hayamos experimentado el perdón.

Tenía que comisionarlo para que supiera a dónde ir y qué hacer. Pese a que Isaías había sido inculcado de pecado y limpiado de él, aún no estaba preparado para ir. Nadie está preparado para ir, sino hasta que haya recibido las instrucciones del Señor acerca de lo que hay que hacer.

Dios no envía sencillamente a cualquiera a hacer Su labor. Puede que esta sea la razón por la cual algunas de nuestras actividades misioneras fracasan. Vamos cuando no se nos ha hecho ver nuestro pecado, ni hemos sido limpios de él, ni estamos preparados para acatar la comisión del Señor.

CERRAR EL CORAZÓN A DIOS (6.9–10)

Cuando se le llamó de forma tan dramática a profetizar, a Isaías se le dijo que había de predicar hasta que el corazón del pueblo se engrosara, hasta que los oídos de ellos se agravaran y hasta que sus ojos se cegaran. Las instrucciones divinas dadas a él, le indicaban a Isaías que no habría muchas conversiones a raíz de su predicación. Lo que aquí se infiere es que la mayoría de los corazones, en lugar de rendirse a Dios, se endurecerían por lo que oyeran. Lo que a Isaías se le dijo provee una vívida descripción de cómo el corazón se cauteriza y se vuelve insensible delante de Dios.

En primer lugar, había resistencia. En lugar de agrandar los oídos de sus oyentes, Isaías puso ante ellos los mandamientos y los preceptos de Dios que ellos necesitaban obedecer. No les agradó lo que escucharon y se le resistieron. Dijeron: «No nos agrada lo que se nos dice. No deseamos este mensaje, así que haremos caso omiso de él».

Cuando el Señor se le apareció a Saulo, preguntó: «¿Por qué das coces contra el aguijón?» (vea Hechos 26.14). A pesar de que no se nos mencionan todos los detalles, existía en Pablo cierta resistencia hacia la verdad sobre Jesús. No obstante, la abrumadora evidencia que se le presentó en esta ocasión, anuló cualquier resistencia que tuviera y lo convenció acerca de la verdadera identidad de Jesús. ¡Cuánto nos alegramos por Pablo! No obstante, las personas de los días de Isaías no superaron su resistencia. Les permitieron a sus corazones seguirse deteriorando.

Pronto, la resistencia se convirtió en rechazo de la palabra del Señor. A medida que los oyentes de los días de Isaías eran confrontados de varias maneras por la Palabra de Dios, se incrementaba su resistencia a ella. Al hacerse intolerantes a la instrucción y a la corrección, con el tiempo desarrollaron una oposición total al mensaje de Isaías. Dirían: «Estos sermones están equivocados y no deberían predicarse. Nos opondremos a ellos».

Al final, su actitud hacia lo que se les había predicado acabó en rebeldía total contra Dios. Nadie puede seguir rechazando la voluntad de Dios sin rebelarse contra Dios mismo. Cuando Jonás eludió la voluntad de Dios, se encontró huyendo de Dios. Las palabras del Señor, o ablandan nuestros corazones en obediencia o los endurecen en rebeldía para con Él.

El camino que estas personas tomaron no tuvo un final feliz; las puertas de sus corazones se cerraron herméticamente a la verdad de Dios. Cometieron el peor de los errores que se puede cometer, a saber: Habían sellado sus corazones de tal manera que Dios

¹² Motyer, 79.

no podía decirles a ellos lo que desesperadamente necesitaban oír. Se ha dicho: «No hay peor ciego que el que no quiere ver, ni peor sordo que el que no quiere oír». Cuando alguien llega a padecer de esta clase de ceguera y de sordera, ha cerrado para sí mismo la puerta que lleva a la vida eterna.

EL CORAZÓN Y LA CONVERSIÓN (6.9–10)

Si resistir y rechazar el mensaje de Dios lo llevan a uno a la rebeldía total contra Él, entonces, una apertura, una consideración y aceptación sinceras y una fiel aplicación de Su Palabra lo pueden llevar a uno a la conversión y a la sanidad. Consideremos el significado contrario de las palabras que expresa el Señor en este pasaje de manera que podamos apreciar el grandioso camino hacia la conversión. ¿Cómo llega uno a Dios?

En primer lugar, debe tener apertura al mensaje. Debe estar dispuesto a escuchar. Cuando el mensajero de Dios habla, el oyente debe prestarle oído atento. La semilla del reino es la Palabra, y esta debe ser sembrada en el terreno del corazón. Si los oídos de uno se cierran al mensaje, no puede llevarse a cabo ninguna siembra de semilla.

En segundo lugar, debe darle una consideración sincera. Escuchar es solo el primer paso. Oír, sin considerar sincera y atentamente el mensaje, no puede producir una cosecha espiritual. No obstante, oír y considerar llevan al oyente muy cerca de la siembra de la semilla.

En tercer lugar, debe haber una aceptación sincera del mensaje. Después del análisis, la consideración de la evidencia y el reconocimiento de la veracidad del mensaje, es tiempo para la aceptación. Esta acción llega a ser la siembra misma de la semilla en el corazón.

En cuarto lugar, debe haber una fiel aplicación del mensaje. Algunos lo oyen, lo consideran y lo reciben, pero no lo obedecen. Puede que hablen bien de él, sin embargo, jamás lo ponen en práctica. En la etapa de la aplicación, los oyentes deben tomar la decisión de obedecer el mensaje y de permitir que este los convierta en siervos de Dios.

Cuando las etapas anteriores se verifican, la conversión genuina tiene lugar. El alma se vuelve a Dios y es sanada. El significado contrario de las instrucciones de nuestro Señor dadas a Isaías muestra que el problema tenía su origen en la condición del corazón de los pecadores.

¿CUÁNTO TIEMPO DEBO PREDICAR? (6.11–13)

A Isaías se le dijo que no recibiría una respuesta

abrumadora a su predicación. Sus mensajes, se le informó, caerían en oídos sordos, vendrían ante ojos cegados y serían repelidos por corazones endurecidos. Planteó una pregunta oportuna. En efecto, esto fue lo que preguntó: «¿Señor, hasta cuándo debo predicarle a esta gente que no quiere escuchar?». El Señor dio una respuesta a esta pregunta, desarrollándola alrededor de la pequeña palabra «hasta». Isaías necesitaba oír la respuesta del Señor, e igual lo necesitamos nosotros.

A la pregunta de Isaías «¿Hasta cuándo debo predicar?», Dios contestó «Hasta que se levante un remanente». Pese a que muchos no prestarían atención, algunos escucharían. A Isaías se le dijo: «Y si quedare aún en ella la décima parte, ésta volverá a ser destruida; pero como el roble y la encina, que al ser cortados aún queda el tronco, así será el tronco, la simiente santa» (vers.º 13). Para los que rechazaron el mensaje, Isaías predicó con el fin de que supieran que un profeta había estado en medio de ellos. Para los que escucharon, Isaías predicó para que pudieran levantarse como un remanente para Dios. Así es con nosotros. Sabemos que las multitudes no escucharán. Jesús dijo que muchos entrarían por la puerta ancha, pero también sabemos que pocos serán los que pongan atención a la Palabra de Dios y se conviertan en Su pueblo (Mateo 7.13–14). Laboramos para los pocos. Los predicadores de Dios le hablan al remanente que sí escucha.

A la pregunta de Isaías «¿Hasta cuándo debo predicar?», Dios contestó: «Hasta que el mensaje sea rechazado». Esta parte de la respuesta llevó a Isaías de vuelta a lo que ya se había dicho, a saber:

Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad (vers.ºs 9–10).

Isaías había de predicar hasta que rechazaran el mensaje y se hicieran rebeldes. Nosotros también debemos seguir predicando. La palabra de Dios debe llenar la tierra. Que nadie diga: «No tuve la oportunidad de oírlo. ¡Jamás supe cuál era el mensaje de Dios!».

A la pregunta de Isaías «¿Hasta cuándo debo predicar?», Dios contestó: «Hasta que venga el fin». A Isaías se le dijo:

Hasta que las ciudades estén asoladas y sin morador, y no haya hombre en las casas, y la tierra esté hecha un desierto; hasta que Jehová

haya echado lejos a los hombres, y multiplicado los lugares abandonados en medio de la tierra (vers.^{os} 11b–12).

Para Isaías, la explicación anterior significaba que había de seguir predicando hasta que viniera el cautiverio y el pueblo fuera llevado lejos de su tierra y llevado a países extranjeros. Para nosotros significa que hemos de predicar el evangelio mientras vivamos o hasta la venida del Señor. Puede que no seamos escuchados por muchos, del mismo modo que la situación en que se encontraba Isaías, sin embargo, tenemos que seguir predicando. Como se ha dicho a menudo, «No nos corresponde hacer aceptable el mensaje; lo que nos corresponde es hacer que llegue».

¿Hasta cuándo debo predicar? Dios dio respuesta a la pregunta de una vez por todas, y lo hizo tanto para Isaías como para nosotros. Su respuesta clara es «hasta» que se levante un remanente, hasta que el mensaje sea rechazado, hasta que venga el fin.

Eddie Cloer

ILUSTRACIÓN DEL TEXTO

LA DOCTRINA DEL REMANENTE (6.11–13)

En 6.11–13, a Isaías se le habló sobre la destrucción de la tierra. Había de predicar hasta que las ciudades fueran «asoladas» y dejadas «sin morador» (vers.^o 11b), hasta que «no [hubiera] hombre en las casas» (vers.^o 11c), hasta que la tierra «[estuviera] hecha un desierto» (vers.^o 11d) y los lugares fueran «abandonados» (vers.^o 12b), y hasta que hubiera desterrado «lejos» a los hombres (vers.^o 12a). En otras palabras, no todos los compatriotas de Isaías sobrevivirían la desolación que estaba próxima a sobrevenirle a Judá. Esa era la mala noticia. No obstante, Dios también tenía buenas noticias, diciendo:

Y si quedare aún en ella la décima parte, ésta volverá a ser destruida; pero como el roble y la encina, que al ser cortados aún queda el tronco, así será el tronco, la simiente santa (vers.^o 13).

Pese a que la tierra sería devastada y muchos

morirían, una «parte», o «remanente» (10.20–22) permanecería.

Los profetas a menudo mencionaron la doctrina del remanente. Esta doctrina dice que a pesar de que la mayoría de la gente será destruida, quedaría un remanente. De hecho, Isaías llamó a uno de sus hijos de una manera que hablaba del remanente. «Sear-jasub» (7.3) significa «un remanente volverá».

El roble de Israel sería cortado, sin embargo, el tronco, los pocos santos, quedaría. Ese «tronco» representaba al remanente.

EL PROBLEMA DE TOMAR A DIOS MUY A LA LIGERA (6.11, 22)

Uno de mis mayores fastidios lo constituye el problema que veo cuando la gente toma a Dios muy a ligera. Debido a la manera como algunas personas saltan, rebotan y brincan en nombre de la alabanza a Dios, llegué a la conclusión de que me era difícil asistir a conferencias juveniles. Tuve la oportunidad de dar una conferencia en una reunión juvenil, en la cual, llegado el momento en que terminaron y estaban preparados para que yo les hablara, sencillamente deseaba volver a mi habitación. No tenía el estado de ánimo apropiado para decir algo.

Si Dios estuviera aquí, nosotros no estaríamos haciendo el ridículo. Nos estaríamos escondiendo debajo de las sillas y de las mesas. No diríamos: «Oye, papá. ¿Qué tal?». Ni siquiera a mi padre terrenal traté con tal ligereza; ciertamente no me comportaría de esa manera con el Padre del universo. Los cristianos todavía tenemos mucho que aprender.

El anterior no es un problema que se dé solamente entre los jóvenes. Algunas iglesias se centran en el sentimentalismo y en pasarla bien con Dios. No es así como veo a la gente de la Biblia adorando a Dios. Los adoradores que se mencionan en las Escrituras caían sobre sus rostros delante de Él. Sé que debemos amar a Dios y que no debe asustarnos el acercarnos a Este, sin embargo, debemos reconocer siempre la distancia que hay entre Dios y nosotros. Necesitamos tener cuidado de no invadir ese espacio.

Neale Pryor

Autor: Don Shackelford

©Copyright 2004, 2009, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados